

# Destierro del profesor Unamuno porque criticó al rey de España

## Es un reto violento a la libertad y al honor del mundo intelectual

El dictador Primo de Rivera, que es un remedo infeliz de Mussolini y un zoquete uniformado, ha cerrado la boca a un gran maestro y lo ha obligado a callar.

Londres, 12 de abril

No hay nada más grande en el mundo de los hombres que el pensamiento. Ciencia, literatura, ¿qué otras glorias tiene el hombre? Sin embargo, la corporación de hombres de ciencias, letras y artes no forma sino la más débil de las Repúblicas en el mundo; es insignificante social y políticamente y conquista sólo respetos póstumos.

Ha de llegar el tiempo en que el hombre tenga un mejor sentido de los valores de las cosas, cuando al experimentador que crea, al escritor, al artista, se les conceda algo del respeto, algo de la inmunidad que ahora concedemos a las realezas con la urbanidad de criados de segunda clase o con la osadía de *jockeys* de segunda clase, y a esos poseedores casuales de un desproporcionado poder de disipación, o de desproporcionado impudor, nuestros guías sociales.

Pero ese día en que el filósofo o el descubridor o el gran artista sea un rey, en que no haya más nobleza reconocida que la nobleza del espíritu, está todavía lejos.

Quizá no llegue nunca. Tal vez sea una permanente necesidad de nuestra naturaleza la que nos invita a exaltar las cualidades comunes que compartimos y comprendemos, y a despreciar los dones raros.

El Rey Carnaval con su nariz desmesurada y sus ojos saltones, es el más real, el más natural de los reyes humanos, porque es francamente una criatura vulgar y grotesca, elevada y engrandecida. Tales reyes y príncipes, tales héroes populares, tales jefes a la moda como los que tenemos, son los que nos asisten en nuestra lucha defensiva contra la insoportable sospecha de que carecemos de una facultad distintiva.

Podemos decirnos que no son en manera alguna diferentes de nosotros, excepto en que ellos son más afortunados, pero tortura nuestra propia estimación el honrar a quienes tienen cualidades cuya posesión no podemos pretender.

Por eso es por lo que gustamos de

pensar que los hombres de ciencia son gentes locas, distraídas, con anteojos y una red de cazar mariposas, mientras escuchamos ansiosos los rumores que circulan acerca del vicio y de la maldad en los hombres de genio.

Debe haber una razón profunda e instintiva en esta aceptación del regalo y la repulsa al que lo da. La ingratitud es mejor para el hombre ordinario, que el servilismo. Si no desconfiamos de la gente excepcional del mundo, si no la restringimos, puede dominarnos hasta convertirnos en simples animales bajo su dirección o control. Un rey es la protección más segura contra personalidades reales, y la aristocracia contra el gobierno de los mejores.

### La República de las letras

Los hombres excepcionales, precisamente porque son excepcionales no tienen instinto gregario para unirse y protegerse mutuamente contra las turbas y sus conductores. Casi todos los hombres de prendas distintivas son celosos. Son impulsados por una necesidad interna a asegurar su propia condición especial sobre las especiales cualidades agresivas de sus semejantes. Se advierte poca generosidad cuando hombres de ciencia, de letras, o de artes, exaltan a otro. Su misión está en hacer lo que tienen que hacer, no en ser buenos prójimos para con los demás.

Cuando se considera esto, hay que reconciliarse con el mucho egoísmo y la falta de sociabilidad del hombre de dones intelectuales; con todo, a veces uno se siente admirado al advertir la extremada desintegración moral que constituye el estado normal de las «Repúblicas» de las ciencias, las artes y las letras.

Recuerdo mi asombro ante la súbita explosión de nacionalismo de los hombres de ciencia de todos los países al principio de la guerra; todavía más ante la repugnancia con que se unieron a continuación del armisticio, des-

pués que habían tenido cuatro años para pensar en su primera actitud.

Cuando me acerqué al secretario de la Sociedad Real en 1920 y le hablé de la pobreza de hombres tan grandes como Pavloff en Petersburgo, de la necesidad urgente que tenían los hombres de ciencia rusos de publicaciones occidentales, de instrumentos y de material, de lo que estaban privados por nuestro bloqueo, pensé que la Sociedad se interesaría en resolver el asunto como un deber sencillo y obvio.

### El caso de Unamuno

Nada de eso se hizo. Se arguyó que Pavloff y los otros debían haber salido de Rusia como refugiados blancos, que una corporación adornada con todos los duques y príncipes reales de la Gran Bretaña tenía algo más que considerar que la mera protección de investigaciones en el mundo. Me parece que la Sociedad Real era en verdad más bien que una sociedad para la promoción y exaltación de la ciencia, una sociedad de hombres de ciencia para la mutua coerción.

Y ahora, el escandaloso caso de don Miguel de Unamuno es un ejemplo fresco de la falta del menor sentimiento de solidaridad entre los intelectuales del mundo.

Se trata de un gran escritor, profesor y ex-rector de la Universidad de Salamanca, un hombre de indiscutible mérito. Es un profesor de estudios clásicos, no un científico ni un sociólogo. Ha lanzado algunos reproches brillantes y merecidos al rey de España.

Como todo el mundo sabe, el rey de España ha consentido y posiblemente colaborado, en la usurpación ilegal de su gobierno por una junta militar con un dictador de paja, un Mussolini postizo, Primo de Rivera.

Es un gobierno torpe y malo, dedicado principalmente a sofocar la opinión sobre el mantenimiento absolutamente inútil de una guerra interminable con los moros. Porque si los generales españoles tienen a veces que exhibir las espaldas de sus brillantes uniformes ante los moros, pueden, a lo menos, mantener una presencia altiva activa y valiente ante España.

### Un zoquete uniformado

Ningún país ha tenido nunca necesidad de una opinión pública purgativa como España en los momentos actuales. Pero tan pronto como el señor Unamuno habló claro, se apoderaron de él y lo enviaron sin seguirle juicio a las Islas Canarias, lejos de sus libros, de sus estudiantes, de todos los contactos con las actividades corrientes de la humanidad.